

## LA ELOCUCION ORATORIA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO <sup>1</sup>

### ELOCUCIÓN PROFÉTICA.

#### 1. *La oratoria en la literatura bíblica del A. T.*

**N**INGUNO de los géneros literarios, a pesar de la enorme importancia que todos y cada uno de ellos representan en la ideología y acervo espiritual de los pueblos, alcanza la honda transcendencia y decisivo influjo ejercido por la elocuencia en la historia y la vida de las naciones. No se concibe verdadera grandeza en ningún pueblo o literatura, donde la oratoria, sobre todo la de carácter político-social, y dentro del cristianismo y colectividades eminentemente religiosas la oratoria sagrada, no desempeñe un papel preponderante ni se eleve a los sumos ápices de la sublimidad.

En la incomparable literatura bíblica, tan excelsa por su contenido como por sus valores estéticos y su polícroma variedad, al lado de la divina

---

1. Vid. *Sefarad*, VI (1946) y VII (1947), Por razones personales no apareció este trabajo, tercero de la serie, en el número siguiente de esa revista, como estaba proyectado. Aunque ahora se cumple el *nonnumque prematur in annum horaciano*, no hemos creído necesaria ninguna enmienda ni adición, dado su carácter de artículo de revista.

poesía, tan ensalzada por críticos y poetas de todos los tiempos y de las más opuestas tendencias, ocupa un lugar prominente la oratoria, como hermana gemela de la poesía, y precisamente —prescindiendo de otros ejemplos esporádicos que en la Biblia se presentan— en una modalidad sin ejemplo en todas las demás literaturas, fusión feliz de la oratoria política y la sagrada, al par que intensamente matizada con poéticas galas y líricos primores y realizada por vehemente dramatismo, y aun a veces por una acción espectacular altamente impresionante.

También aquí se realiza la singularidad característica en todos los géneros literarios de la Biblia, los cuales, si bien admiten, al menos *a longé*, el obvio parangón con los grecorromanos, que han prevalecido en las modernas literaturas e informado nuestra mentalidad y gusto artístico con el carácter de módulos insuperables y despótica exclusividad, presentan, sin embargo, modalidades tan acusadas y específicas que fuerzan a ponerlos en un lugar aparte, y por cierto muy encumbrado, sobre el conjunto de las bellas producciones creadas por el verbo y el ingenio humanos.

Además de las manifestaciones oratorias de los “profetas de acción” que con carácter eventual, si bien formando considerable elenco, hallamos en los libros históricos del A. T. —prescindimos en nuestro estudio del N. T., donde tal preponderancia alcanza la predicación evangélica y apostólica, herederas, sin embargo, en buena parte, de la oratoria antiguotestamentaria—, hay una colección de libros, numéricamente superior a la mitad del canon bíblico del A. T., que muy bien pudiera considerarse como verdadero *corpus oratorum* o legado de la elocuencia hebreo-bíblica: son los Profetas llamados mayores y menores, en razón, como es sabido, no ya de la naturaleza o calidad de su contenido, sino de la cantidad y extensión de sus escritos conservados.

## 2. Concepto del “profeta”.

La errónea o cuando menos unilateral, y, por ende incompleta, interpretación dada generalmente al término “profeta”, προφήτης cabal traducción griega del heb. *nābi*, voz existente en las restantes lenguas semíticas, que ni etimológica ni fundamentalmente significa “el que predice por inspiración divina” (Larousse), según la acepción adoptada en las lenguas modernas como protopia del vocablo, ha sido causa de la creencia tan arraigada de que la misión de los Profetas hebreos se circunscribía a

vaticinar los eventos futuros, principalmente los castigos de Dios o sus consuelos y misericordias.

Cierto que la predicción es una de las facetas más destacadas e insignes en la actuación de esos conspicuos personajes, como lo fue asimismo la taumaturgia; mas, a pesar de la importancia relevante de entrambas prerrogativas, éstas no pasaron de la categoría de subsidios conducentes a la realización de la excelsa misión que Dios les encomendó: salvaguardar el monoteísmo y el depósito sagrado de la revelación, anunciar el reino mesiánico e inculcar la observancia de la ley y la moral en el régimen teocrático del pueblo de Israel.

El profeta es, por definición, *el intérprete de la divinidad*<sup>2</sup>; tal es, en efecto la genuina etimología de la voz griega, que ya empleó Platón y otros autores griegos, término con que acertadamente vertieron los LXX la palabra *nābi*, que encierra idéntica acepción, y conservado con el mismo sentido por los Padres griegos.

Bien es verdad que la multiplicidad de aspectos que en el profetismo pueden considerarse originó diversas otras denominaciones, tales como "vidente", heb. *roé* y *hozé*, y varón de Dios, hombre del Espíritu, etc.

Aunque restringida al "intérprete de la divinidad" la atribución del nombre de *nābi*, su acepción más general de portavoz de otro aparece manifiesta en Ex. 7<sup>1</sup>: "Dijo Yahvé a Moisés: Mira, te he puesto como Dios para el Faraón, y Aarón, tu hermano, será tu *profeta*".

Pronto, sin embargo, se caracterizó el profeta por la singular prerrogativa de conocer y vaticinar el futuro, como también de penetrar en las cosas ocultas. "Al que hoy llaman profeta le llamaban antes *vidente*" se advierte a manera de escolio en I Sam. 9<sup>9</sup>, refiriéndose a Samuel, de quien asimismo se dice por boca del mancebo que acompañaba a Saúl en el episodio del extravío de las asnas: "Mira, en esta ciudad hay un hombre de Dios muy famoso; cuanto él dice seguramente sucede". (Ibíd. v. 6).

### 3. *El ministerio de la palabra, función esencial del profeta.*

Dos aspectos esenciales cabe considerar en la función del profeta: primeramente, el que designa la Sagrada Escritura con el término de "visión", acompañada de "la palabra de Dios", v. gr. I Sam. 3<sup>1</sup>, intimando

---

2. Propiamente: "qui responsa oraculi ad consultantes referebat".

al profeta la misión que ha de cumplir; en segundo lugar, desempeño de la misma ante el pueblo, mediante el ministerio de la palabra.

No cumple a nuestro propósito exponer la naturaleza de la manifestación divina a los profetas, ni elucidar las clases de profecías, fines principales de la misión profética, estado psicológico de estos elegidos de Dios bajo los efectos de la revelación divina, y tantos otros aspectos, que han merecido digna atención de los exegetas y escriturarios. Los límites de nuestro estudio son claros y precisos, y se contraen a la expresión oral utilizada por los profetas como vehículo del mandato recibido, a su *elocución oratoria*, aspecto en que se ha insistido mucho menos, y que, sin embargo, ofrece características de extraordinario interés, indispensables para mejor comprender la altísima y compleja misión confiada a los profetas y el modo como la llevaron a cabo, por ser además el precedente de la predicación evangélica y apostólica, y como típica modalidad de una elocuencia única en los fastos de la humanidad. A pesar de la analogía que en algunos aspectos formales y finales pueda tener con ella la oratoria sagrada de los Padres de la Iglesia y ejemplares predicadores cristianos, que en todo tiempo fueron a beber en esas fuentes vivas, difieren ambas esencialmente, ya que éstos, aun adornados con las prerrogativas de la santidad, el don de profecía y el carisma de los milagros, como muchos lo estuvieron, nunca, salvo casos excepcionales, se presentaban en sus alocuciones al pueblo cristiano como enviados directos de Dios, sino simplemente como predicadores del Evangelio.

Siendo, pues, los profetas de Israel verdaderos intermediarios entre Yahvé y su pueblo, heraldos de las revelaciones de Dios y pregoneros de su justicia y de sus misericordias, es natural que el ministerio de la palabra hablada estuviera tan ligado a su misión hasta constituir el instrumento obvio y esencial de la misma.

En los tiempos antiguos, y por lo tanto en los tiempos bíblicos, lo propio que durante muchos siglos después, incluso tras la invención de la imprenta, la palabra escrita no había conquistado el avasallador dominio que hoy ejerce, aun cuando estuviera aureolada con un halo de misterio y se le atribuyera una virtualidad casi sobrenatural.

Innumerables son los pasajes del texto sagrado que hacen referencia clara y terminante a la misión oratoria encomendada al profeta. En la primera misión "profética" (en el sentido expuesto) que nos refieren los Libros sagrados, encomendada al primero y más excelso de los profetas de Israel en la teofanía del monte Horeb, Moisés, a través de la obstinada resistencia que al considerar su flaqueza opone a las intimaciones de

vinas, alega como razón suprema de su incapacidad: "Señor, yo no soy hombre de palabra fácil" (Ex. 4<sup>10</sup>). A lo cual Dios le contesta, entre otras cosas: "Yo estaré en tu boca, y te enseñaré lo que has de decir". (Ibíd. v. 12). Y condescendiendo, al fin, con la desconfianza en sí mismo que demostraba su siervo, le dijo exasperado: "¿No tienes a tu hermano Aarón, el levita? El es de fácil palabra... Háblale a él, y pon en su boca las palabras, y yo estaré en tu boca y en la suya, y os mostraré lo que habéis de hacer. El hablará por ti al pueblo y te servirá de boca, y tú le servirás a él de Dios". (Ib. v. 14-16).

En el Deuteronomio (cap. 17-18), después de hablar el legislador de Israel acerca de la judicatura, la realeza y el sacerdocio, intimando diversos preceptos y admoniciones, ocupase (18<sup>9-22</sup>) también de los profetas, como corporación o institución, y promulga lo que podría llamarse: *la primera ley del profetismo hebreo*; por eso este pasaje encierra particular interés. Presentase al profeta, lo mismo verdadero que falso, como público concionador que dirige sus alocuciones al pueblo. "Yahvé, tu Dios, te suscitará de en medio de tí, de entre tus hermanos, un profeta como yo; a él le oirás... Yo les suscitaré de en medio de sus hermanos un profeta como tú, pondré en su boca mis palabras, y él les comunicará todo cuanto yo le mande. A quien no escuchare las palabras que él dirá en mi nombre, yo le pediré cuenta. Pero el profeta que ose decir en nombre mío lo que yo no le haya mandado decir, o hable en nombre de otros dioses, debe morir". "

El concepto de orador es, por lo tanto, inseparable del de profeta; y ahí que atendiendo a la forma como realizó su misión esa falange de predicadores que desfiló por el pueblo de Dios, desde Moisés, el primero y más grande de los profetas de Israel (Deut. 34<sup>10-12</sup>) hasta que "calló la profecía", es decir durante el lapso de un milenio aproximadamente, las dos categorías fundamentales que, a los efectos de un estudio sobre la elocución profética, importa establecer son: profetas *ágrafos* y profetas *escritores*. No sería exacto denominar a los primeros "profetas-oradores", como leemos en algunos escriturarios, pues ello implicaría que los otros no lo fueron, lo cual repugna al concepto esencial y a la naturaleza intrínseca del profeta, además de estar en abierta contradicción con la historia y actuación pública de los profetas que escribieron y los explícitos testimonios contenidos en sus libros.

En efecto, parece indubitable que los profetas que nos legaron sus predicaciones y oráculos, en una u otra forma y no todos conservados, ante todo y sobre todo ejercieron su misión entre el pueblo mediante el minis-

terio de la palabra; y, por otra parte, consta de varios profetas, que actuaron en pública misión durante la monarquía, escribieron obras que se han perdido, algunas de las cuales por el título mismo se deduce contenían una visión u oráculo<sup>3</sup>.

Asimismo debería incluirse en una clasificación general completa de los profetas a los vates bíblicos que estamparon en la poesía de los Salmos los divinos oráculos, principalmente mesiánicos, que Dios les reveló. Porque ¿quién negará al Rey-Salmista el título de profeta? Sto. Tomás reconoce en él superioridad incluso sobre Moisés en cuanto al conocimiento de los misterios mesiánicos, tema sobre el cual vaticinaron copiosamente varios de los profetas escritores; y, sin embargo, aun en estudios tan extensos como el que trae el *Dictionnaire de la Bible*, de Vigouroux, que abarca 43 apretadas columnas entre los tres artículos, ni siquiera se nombra al que por antonomasia es llamado "el Rey-Profeta".

Volviendo a nuestro tema de la oratoria profética, no parece verosímil, a nuestro juicio, la opinión de los que afirman que primeramente escribieran los profetas sus exhortaciones, y que "con el tiempo los profetas hiciéronse oradores populares". Más bien ocurrió lo contrario: primeramente aparecen los profetas meramente oradores, v. gr. los setenta ancianos mencionados en Núm. 11<sup>25</sup>, María la hermana de Moisés, Josué, Débora, que administraba justicia bajo la palmera de su nombre (Jue. 4<sup>4-5</sup>), el profeta anónimo que se aparece a Gedeón (Jue. 6<sup>8</sup>), el varón de Dios que hace a Helí fatídicos presagios (I Sam. 2<sup>27-36</sup>), Samuel, juez y profeta, autor discutido de algunos libros del canon bíblico, pero no escritor de oráculos proféticos, "los hijos de los profetas", y los numerosos de nombre conocido, algunos de universal renombre, que actuaron durante la monarquía y se mencionan en los libros de los Reyes y las

---

3. Citemos, entre la veintena de libros que consignan los autores de Introducciones a la Sagrada Escritura, los siguientes:

- a) El *Libro de Samuel, vidente* (I Cro. 29<sup>29</sup>).
- b) Las *Crónicas de Natán, profeta* (Ibid. y II Cro. 9<sup>29</sup>).
- c) Las *Crónicas de Gad, vidente* (Ibid.).
- d) El *Libro de Ido, profeta* (II Cro. 13<sup>22</sup> y 12<sup>15</sup>).
- e) Las *Profecías de Ido, vidente, contra Jeroboam* (II Cro. 9<sup>29</sup>).
- f) El *Oráculo de Ahías Silonita* (II Cro. 9<sup>29</sup>).
- g) El *Libro de Semeyas, profeta* (II Cro. 12<sup>15</sup>).
- h) La *Historia de Jehú, hijo de Hanani* (II Cro. 20<sup>34</sup>).

Respecto a II Cro. 33<sup>18-19</sup> se proponen varias lecturas en lugar de *Hozai* que trae la Vulgata como nombre de un profeta o personaje.

Crónicas. Los mismos profetas escritores, como queda dicho, fueron también, y casi añadiríamos sobre todo, oradores ante los reyes y ante el pueblo. "Les prophètes, étant essentiellement des orateurs et des prédicateurs, qui parlaient au nom de Dieu et sous son inspiration, ont exercé leur mission surtout par la parole. Tous les anciens prophètes, qu'on appelle prophètes d'action ou non-écrivains, n'ont agi sur leurs contemporains que par leurs oracles promulgués de vive voix et par leurs discours. Ce n'est que vers le milieu du VIII<sup>e</sup> siècle que commence la prophétie écrite et encore les prophètes de cette époque, avant de faire eux-mêmes ou de laisser faire la collection de leurs oracles, les avaient prononcés de vive voix en public. Etc". Así se expresa, de modo claro y contundente E. Mangenot, articulista del citado *Dictionnaire de la Bible* (V. col. 713). Y añade más todavía: "Beaucoup de prophéties ont la forme de discours qui ont sans doute été dits avant d'être couchés par écrit. La parole était certainement à cette époque le moyen le plus efficace de faire connaître et de propager les oracles divins. On peut, donc, penser que la plupart des prophètes écrivains ont été orateurs avant de devenir écrivains. Ce n'est qu'après avoir fait entendre aux oreilles de leurs contemporains les volontés divines qu'ils les ont consignées par écrit. Leurs écrits ne sont donc qu'une reproduction de leur prédication". Nada añadiremos por nuestra cuenta a estas palmarias afirmaciones, que corrobora el *Manuel Biblique* de F. Vigouroux (1889, II, p. 487-8 n. (3) en estos términos: "Solement de viva voz podían difundirse entre el pueblo las profecías —es decir las predicaciones u oráculos de los profetas— en una época en que la multiplicación de copias de un escrito resultaba en extremo difícil y costosa".

El estilo mismo usado por los profetas en su redacción demuestra a las claras se dirigían a un público de oyentes y no precisamente a lectores. Isaías prodiga con profusión las simetrías, asonancias, juegos de palabras y otros recursos del lenguaje tan estimados por los hebreos, siguiendo el gusto de sus compatriotas, "con el fin de inculcar mejor en su espíritu las verdades que predicaba". (*Ibid.* p. 487).

Este concepto sobre la persona de los Profetas y la naturaleza de su misión pública no es nuevo, por cierto, sino el tradicional entre los exegetas y escritores sagrados, como lo demuestra de un modo palmario el siguiente testimonio del P. Granada en el Prólogo de su *Retórica eclesiástica*: "Los Profetas fueron unos celestiales predicadores que envió Dios, para enseñar a los hombres y reprender sus malas costumbres, los cuales, sin arte, hablaron muy artificiosamente, esto es elocuentísima-

mente, como que hablaron inspirados, no del espíritu retórico, sino del Espíritu Santo, quien, siendo sus obras perfectas, comunicó también a los mismos el don perfectísimo de enseñar y de decir” 4.

#### 4. La “palabra de Dios” y sus efectos en los profetas.

La “palabra de Dios”, en la forma de manifestarse El a los profetas, se entiende las más de las veces en el sentido de *verbum mentis*, una voz interior que hablaba a sus almas con evidencia indubitable, infundiéndoles el sentimiento íntimo de la realidad de la inspiración divina. “Visión” es sinónimo de revelación, verdadera o bien ficticia en el caso de los pseudo-profetas: “Lo que os dicen son visiones suyas, no proceden de la boca de Yahvé”, dice Jeremías (23<sup>16</sup>). El libro de Isaías lleva como título general: “Visión que Isaías, hijo de Amós, tuvo acerca de Judá y Jerusalén...” (Is. 1<sup>1</sup>). Idénticos epígrafes encabezan a los restantes profetas, v. gr. “Visión de Abdías: Así dice de Edom el Señor, Yahvé”; “Palabra de Yahvé que fue dirigida a Miqueas” (Miq. 1<sup>1</sup>); “Palabra de Yahvé dirigida a Sofonías” (Sof. 1<sup>1</sup>); “...palabra de Yahvé, por mediación de Ageo” (Ag. 1<sup>1</sup>). Cfr. ítem Os. 1<sup>1</sup>, Jc. 1<sup>1</sup>, Zac. 1<sup>1</sup> y Mal. 1<sup>1</sup>. Ambos términos de “palabra” y “visión” se juntan en el encabezamiento de otros profetas: “Palabras de Amós...; de la visión que tuvo sobre Israel”; Oráculo que vió Habacuc”; ítem Miq.; “Oráculo sobre Nínive Libro de la visión de Nahum”. Igualmente leemos en Zac. 1<sup>7-8</sup>: “...fue palabra de Yahvé a Zacarías diciendo: Vi de noche un varón, etc.”.

Sobre los efectos que la “palabra de Dios” como fuente directa de

---

4. Y añade a continuación: “De lo cual pudiendo alegar innumerables ejemplos, propongo al piadoso predicador los quince primeros capítulos de Jeremías, para que los lea despacio, en los cuales este divino orador arrebatado con tanta fuerza de decir, abunda de tantas figuras de la oración, de tantos afectos, de tantas metáforas, y de otros tropos de esta naturaleza, se enardece con tal acrimonia de hablar, se reviste de tantas personas, y muda la oración en tantos semblantes y figuras, que ni Pericles, de quien se dijo que fulminaba rayos y confundía a la Grecia, merece compararse en manera alguna con este divino orador, cuyo espíritu y afecto, abrasado con el celo de la gloria de Dios ojalá procurasen exprimir e imitar todos los predicadores. Con igual ímpetu se eleva también en muchos lugares el profeta Ezequiel, mayormente cuando reprende los pecados de los judíos y cuando les da en rostro el delito de su perfidia e ingratitud, lo que hace con admirable afluencia de decir en el capítulo XVI”. (*Ret. ecl. trad. esp.* 1778, p. A4 fol. vto.).

inspiración producía en los profetas, dice E. Mangenot: "Aunque inspirado, el profeta obraba, pensaba y hablaba como los demás hombres. Sus pensamientos y sus palabras procedían de Dios; pero, consciente de la revelación que le había sido encomendada, la exteriorizaba del mismo modo que lo habría efectuado para sus propias ideas. Al hablar y al obrar, hacía en nombre de Dios, a veces incluso como si se hallara investido de la personalidad de Dios, que hablaba por su boca; sin embargo, nada había perdido de su actividad personal. Cuando los profetas se expresaban como si fueran Dios mismo, y le atribuían sus discursos, no dejaban por ello de formular el pensamiento divino en su lenguaje peculiar con los colores de su imaginación y el calor de sus sentimientos. Tomaban sus imágenes del propio medio social y a menudo moldeaban en el troquel de su espíritu el pensamiento de Dios". (*Loc. cit.* col. 712).

Así, pues, las ideas expuestas por los profetas no son producto de sus propias lucubraciones, sino inspiración de lo alto; Dios es quien pone en sus labios las palabras que han de pronunciar ante el pueblo o personajes a quienes deben abordar. "Yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de decir" (Ex. 4<sup>12</sup>), dice Yahvé a Moisés; "Mira que pongo en tu boca mis palabras", advierte a su vez a Jeremías (Jer. 1<sup>10</sup>). Huelga la observación de que al término "palabras" no debe dársele su significación literal, sino más bien la de pensamientos, a los que sirven de vehículo, y éstos proceden de la fuerza superior, el Espíritu que anima al profeta como enviado y portavoz de la divinidad. El concepto de heb. *dabar* se extiende a mucho más que a la envoltura fonética del pensamiento; su significación metonímica encierra las acepciones de cosa, asunto, negocio, suceso, acción, entidad concreta y determinada, causa, razón, etc. Estas irradiaciones semánticas reflejan de un modo patente e irrecusable el profundo sentimiento de la vida como actividad, movimiento, animación, ardimiento, proyección psíquica, efluvios germinales, efusividad del alma, que caracteriza la ideología hebrea y en general la de todos los pueblos orientales, en contraste con la sequedad, convencionalismo y artificiosidad de las lenguas modernas en su estadio actual.

##### 5. *Diversos géneros literarios cultivados por los profetas; clasificación.*

Al enjuiciar el lenguaje y estilo de los profetas, se suele incurrir en dos equivocaciones. La primera consiste en hacer prácticamente caso omiso de los ágrafos, como si las alocuciones y fragmentos que de ellos se

tos han conservado, intercalados en su lugar correspondiente de los libros históricos, aun reducidos probablemente a un esquema o síntesis del auténtico discurso, no mereciesen atenta consideración, cuando, por el contrario, dentro de su concisión, nos brindan elementos suficientes para formarnos una idea bastante cabal de lo que pudo ser aquella oratoria viva y operante. El segundo error estriba en conceptuar como un solo género los diversos tipos literarios en que plasmaron sus predicaciones, oráculos y todo el caudal de ideas y sentimientos de que su alma rebosaba. Siendo éstos tan numerosos como seguidamente veremos, resulta por lo menos incompleta la afirmación de E. Mangenot, con la que substancialmente coincide la generalidad de los autores "Los profetas —refiriérese a los escritores— crearon bajo la inspiración divina un género especial de producciones literarias, la mayor parte de las cuales son obras maestras de la literatura hebrea". (*Loc. cit.* col. 720).

Al efectuar un estudio acerca de la *elocución profética*, no hemos de proceder con semejante espíritu simplista, sino más bien establecer la adecuada clasificación de géneros o subgéneros literarios que cultivaron. Las sabias admoniciones pontificias sobre esta materia, hoy en boga, no han de limitarse al conjunto de cada libro de la Sagrada Escritura, sino que deben aplicarse asimismo a cada una de sus partes o pasajes, con lo cual saldrá beneficiada la exégesis.

Los grandes escritores de todas las literaturas estamparon a veces en muy diversos moldes la expresión de la belleza literaria, fin supremo de las aspiraciones expansivas de su numen. Platón fué poeta eximio en sus obras filosóficas, y Homero, orador insigne en tantos discursos bellísimos como esmaltan sus poesías, al igual que lo fueron muchos historiadores como Heródoto, Tucídides, Tito Livio (autor asimismo de obras filosóficas no conservadas)<sup>5</sup> el P. Mariana o Solís y cuantos adoptaron el modo clásico de la Historia. Gran poeta y gran filósofo a la par fue Lucrecio en su famoso poema; y Virgilio, poeta bucólico, didáctico y épico, sentía pai-

---

5. Véase el testimonio de Cicerón en su diálogo *De oratore* (II, 55-56) respecto a los primeros. De Heródoto dice: "tanta est eloquentia, ut me quidem... magno opere delectet". Y añade este elogio del segundo: "et post illum Thucydides omnēs dicendi artificios meā sententia facile vicit".

En cuanto a T. Livio, los discursos insertos en su *Historia romana* son por extremo encomiados. Más de cuatrocientos se nos han conservado, y calculanse en un millar y medio los que quizá figurarían en la obra entera; tan alta estimación han merecido que se los considera como los más bellos modelos de la elocuencia romana después de los discursos de Cicerón.

pitár en sí el afán filosófico de *rerum cognóscere causas*, y parece abrigaba el ideal de consagrar sus años de madurez y senectud a la composición de un gran poema filosófico. El P. Granada descubre toda la exquisitez y delicadeza de un auténtico poeta en cuantiosos pasajes de sus obras, por más que todas ellas aparezcan engalanadas con el ostentoso manto de la oratoria; y Fr. Luis de León fue al par que "el más culminante lírico de la Europa moderna", orador de altos vuelos en la elocuencia sagrada y en la académica, conspicuo hebraísta, profundo escriturario, doctísimo humanista, traductor sin par y prosista de primer orden.

Estos ejemplos y mil más que aducir podríamos nos demuestran que somos víctimas en la conceptualización de las personas, las cosas y los entes de razón de la necesidad impuesta a nuestro limitado espíritu, de dividir y fraccionar, a fin de poder abarcar las innumerables facetas que irradian las ideas y sus objetos. El ser filósofos, oradores y poetas se nos figura en conceptos esenciales y casi incompatibles en las mismas personas, cuando la realidad demuestra que si un escritor cualquiera estuviese dotado exclusivamente de una sola cualidad o aptitud, por eminente que fuera, se nos presentaría como una mentalidad insoportable y tal vez como engendro monstruoso.

Pues bien: en esos libros maravillosos de los Profetas, justamente reputados como obras maestras no ya sólo del genio hebraico sino de la literatura universal, así como también en esos otros preciosos fragmentos de vibrante gallardía que de los profetas ágrafos nos han conservado los libros históricos del A. T. y que el investigador de la elocución profética debe estudiar conjuntamente, no es uno solo el género cultivado, sino que podemos distinguir gran variedad de modalidades mucho más divergentes entre sí que la multiplicidad señalada en la clasificación, por la forma y argumento, del conjunto de composiciones líricas que constituye el libro de los Salmos. En consecuencia proponemos, a modo de ensayo, la siguiente clasificación crítica en las producciones y escritos de los profetas:

- I Apóstrofes e invectivas
- II Alocuciones
- III Dictámenes (orales y escritos)
- IV Elocuencia de simbolismos
- V Oráculos (exhortaciones, invitaciones a la conversión, reprensiones, amenazas,

- consuelos, evocaciones,  
vaticinios contra los enemigos  
de Israel)
- VI Visiones celestiales
  - VII Evocaciones del reino mesiánico
  - VIII Restauración del reino de Israel
  - IX Oraciones
  - X Apólogos y parábolas
  - XI Elegías
  - XII Cánticos y Salmos
  - XIII Pasajes históricos
  - XIV Referencias autobiográficas.

6. *Tres aspectos fundamentales en la personalidad de los profetas.*

Del anterior esquema se deduce que la compleja personalidad de los profetas, hombres dotados de sublime concepción, fantasía creadora, palabra fulgurante, celo ardoroso y temperamento vehemente, irradia en múltiples modalidades de expresión, según los casos y circunstancias, tendentes todas ellas al cumplimiento de su excelso cometido. Existe, pues, en su producción unidad teleológica, pero variedad de medios y riqueza de recursos lingüísticos, estilísticos y literarios, que confieren a sus obras, aparte de su intrínseco y sobrenatural valor, una categoría estética y filológica de subidísimos quilates.

Tres aspectos fundamentales podemos distinguir, a base de la clasificación precedente, con las salvedades oportunas, en la personalidad religiosa, político-social y literaria de los profetas de Israel:

A) I, II, III, IV: *Oradores populares*, predicadores y defensores directos con su palabra y su actuación directa, de la religión y la moral, en el régimen teocrático del pueblo de Israel;

B) V, VI, VII, VIII, IX: *Enviados e intermediarios de Dios*, y conocedores, por especial revelación, de algunos de sus arcanos.

C) X, XI, XII: *Poetas* altísimos, que completan su obra valiéndose de un medio tan poderoso, insinuante y eficaz como es la poesía en sus más nobles concepciones y más brillantes atavíos.

En cuanto a los *pasajes históricos* (XIII) y las *referencias autobiográficas* (XIV), breves y esporádicos en general unos y otras, excluidos de la anterior clasificación tripartita, son simplemente como el marco den-

tro del cual se desarrolla la actividad del profeta, salvo en Daniel, de tan peculiares características frente a los demás, donde adquieren particular amplitud viniendo a ser la tela en que sus oráculos y profecías van tecados.

Los tres aspectos destacados se contienen realmente en el concepto etimológico y real del término "profeta", hombre prestigioso y ejemplar, que se dirige a los reyes y al pueblo, revestido de un poder extraordinario —la "auctoritaria vis" que se ha señalado como característica del auténtico orador— y sin más armas que su palabra de fuego (1.º); pero no en nombre propio ni con fines personales o miras ambiciosas y egoístas, sino como mandatario de Yanvé, Dios de cielos y tierra (2.º), que además corrobora su actuación pública en el presente y prolonga la virtualidad de sus vaticinios en el futuro mediante el influjo magnífico y brillante de la poesía, si menos activo y arrollador en el presente que la oratoria, de más durables y profundos efectos en la perpetuidad de los siglos (3.º).

Es un estudio completo, al que no renunciamos para lo futuro, procedería el examen de cada uno de estos géneros o tipos literarios que hemos detallado, tan profundamente diversos por su naturaleza y el ropaje que suelen revestir, aun cuando en este caso les preste visible unidad la persona del profeta. Baste, sin embargo, de momento, con haberlos discriminado. Nos limitaremos, pues, a las cuatro modalidades primeras (A), que revisten carácter más específicamente oratorio.

#### 7. *El profeta, altísimo e incomparable orador.*

Es doctrina clásica admitida en los tratados de oratoria que el *fondo* de ésta lo constituye un pensamiento moral, religioso, político o bien de cualquier orden elevado; su *forma* es la dialéctica, y su lenguaje, el amplio y holgado molde de la prosa. Su *fin* primordial tiende a la persuasión, y sus poderosos subsidios se apoyan en el convencimiento y la emoción. Los *medios* directos de que se vale son el raciocinio, la imagen y la armonía en el decir.

Todos estos requisitos se cumplen de modo eminente en la oratoria de los profetas bíblicos. Entre las condiciones personales del orador, la indiscutible autoridad ("sicut potestatem habens" dice del divino Maestro el Evangelio, Mat. 7<sup>29</sup>), la sólida reputación de honradez ("vir bonus dicendi peritus") y la entereza del carácter destacan en grado sumo en el profeta, como enviado de Dios; por no mencionar otras condiciones

intelectuales, afectivas y físicas que se traslucen claramente en sus escritos.

Conforme dejamos asentado anteriormente, como norma general las predicaciones proféticas que se nos han conservado fueron habladas antes de ser escritas. Ahora bien: ¿lo fueron en la misma forma que habían sido pronunciadas ante el pueblo, o, más verosíblemente, recibieron importantes retoques de estilo hasta lograr el grado de belleza literaria que en ellas admiramos, en consonancia con el mayor esmero y acicalamiento que siempre se prodigó al lenguaje escrito o destinado, aun por vía oral, a la posteridad? "Vraisemblablement, les discours des prophètes n'étaient pas reproduits par eux intégralement, textuellement, sténographiquement. A moins qu'il ne s'agisse d'oracles écrits pour être lus, la reproduction n'est pas faite *in extenso*, mais seulement sous forme de citations partielles ou même de simples résumés". (*Dict. Bib.* loc. cit. col. 713). Considerase más bien como caso raro el hecho de que: "parfois, cependant, le texte primitif a été reproduit intégralement". (*Ibidem*). Caso anómalo, motivado por las duras circunstancias en que se veía aherrojado el profeta Jeremías, es el hecho de que éste dictara a Baruc, su secretario, diversos oráculos anteriores, para ser leídos en público. (*Jer.* 36<sup>4-32</sup>).

Prescindamos del Deuteronomio y sus problemas. En todo caso, por su forma, contenido y particularidades acusa características del todo propias; su composición, en discursos de estilo parenético, para ser leídos en el pueblo, constituye ya de por sí una forma peculiar de oratoria, tan en boga modernamente en los círculos académicos.

La realidad es que, si exceptuamos —aunque sólo en parte— el caso de Moisés, profeta sin par y personaje único en la historia del pueblo de Dios, y el de Josué, también conceptuado como "profeta", pasando asimismo por alto el caso singular de Balaam y el de Débora la "profetisa" con su vibrante epinicio, todos los varones de Dios que aparecen la época de los Jueces con honores de profetas, o intervienen después activamente en la vida política, social y religiosa de Israel durante la Monarquía, hasta Amós, el primero cronológicamente de los profetas escritores, son pura y simplemente oradores públicos.

Así, pues: la forma usual empleada por los profetas para comunicar al pueblo sus oráculos, enseñanzas y predicaciones era de viva voz, como lo atestiguan expresamente numerosos pasajes. Sólo por excepción algunas partes de los libros proféticos se publicaron o estamparon por escrito, como es la II parte de Isaías (cap. 40-66) y de Ezequiel (cap. 40-

48), "por contener predicciones relativas a tiempos lejanos, es decir, el advenimiento del Mesías, que por lo mismo no necesitaban ser conocidos con tanta presteza como otras enseñanzas y amonestaciones". (Vigouroux, *Man. bibl.* II, p. 469).

Los profetas bíblicos han realizado cumplidamente el ideal que propugnaba el más insigne de los oradores latinos cuando afirmaba que "el orador perfecto debe reunir con las cualidades del filósofo y el poeta las de los grandes actores". Respecto a la *acción*, defendida por el "monstruo" de la elocuencia griega como cualidad preferente entre todas las que han de adornar la persona del orador, es notoria la importancia que reviste en las predicaciones proféticas como realce y hasta como substitutivo de la palabra hablada.

En la elocuencia profética encontramos los dos caracteres que Aristóteles señala (*Ret.* I, 1-2) en la elocuencia, al sentar el principio de que ésta es ante todo una *δύναμις* pero también el conjunto de reglas a que debe someterse hacen de ella una *τέχνη* es decir, es una  *fuerza natural*, impetuosa y pujante, al par que un verdadero *arte* (en el sentido más elevado y complejo de la voz griega y su traducción latina *ars*).

Algunas de las reglas tradicionales de la elocuencia, cuando se basan en las leyes del pensamiento y el corazón humano se cumplen a maravilla en la elocución profética; pero, a veces, el orador bíblico se eleva muy por encima del modelo clásico, del tipo meramente humano, como mandatario que es de Dios, poseedor de sus arcanos y su taumatúrgico poder, y entonces su oratoria se remonta hasta insospechadas cumbres de sublimidad, y más que un orador semeja un semidiós, o al menos un vidente apocalíptico que fulmina los rayos de la cólera divina o promere al pueblo arrepentido el bálsamo de las celestiales consolaciones. "Como un fuego se levantó Elías —dice el Eclesiástico en el panegírico de este profeta, prototipo entre los de acción—, su palabra era ardiente como antorcha; ...con la palabra del Señor cerró los cielos y por tres veces hizo bajar fuego. ¡Cuán glorioso fuiste, Elías, con tus prodigios! ¿Quién podrá gloriarse de parecerse a ti? Etc". (Eclo. 48<sup>1-11</sup>). Todavía mayor es el poder de que gozó su discípulo: "Eliseo fué lleno de su espíritu; duplicó sus prodigios, y todas las palabras de su boca eran un milagro. En sus días no tembló ante los príncipes, ni mortal ninguno le subyugó. Nada fue para él imposible. Etc". (*Ibid.* 48<sup>12-16</sup>).

No cabe encumbrar más alto el poder de un orador, realzado por la excelsa investidura de embajador del Altísimo. Por grandes que hayan sido los triunfos de la humana elocuencia —muchas veces de efímera efi

caía y precaria duración—, la supremacía de esta oratoria sin ejemplo se yergue sobre aquélla *toto caelo*. No era, en efecto, el habla de los profetas simple expresividad humana, sino auténtica *palabra de Dios*. “Mira que pongo en tu boca mis palabras —dice Yahvé a Jeremías—. Hoy te doy sobre pueblos y reinos poder de arrancar, arruinar y asolar, de levantar, edificar y plantar... Desde hoy te hago como ciudad fortificada, como férrea columna y muro de bronce”, (*Jer.* 1<sup>10,18</sup>). Algo semejante en mayor o menor escala podría aplicarse a los demás profetas de Israel.

No habla Chateaubriand, en su capítulo sobre los “tres estilos principales de la Escritura”, del estilo profético; y, sin embargo, en una frase brillante, como tantas suyas, reconoce la *sublimidad* como rasgo predominante en el mismo, y la relación que como precedente tiene, *salvatis salvandis*, con la oratoria evangélica. Así, a propósito del “estilo evangélico” dice que en el N. T. “la sublimidad de los Profetas se trueca en una ternura no menos sublime”. (*Géne*, lib. V, cap. 2). Palmaria es la influencia de la oratoria profética en los predicadores cristianos de todos los tiempos, no solamente en cuanto a doctrina, sino también respecto a formación moral y normas de elocución.

Cierto que no todos los profetas rayaron a igual altura en cuanto a las bellezas de estilo y primores del decir que abrillantan sus escritos. Cuestión admitida por todos los exegetas ortodoxos que se han ocupado de la naturaleza de la inspiración divina en los escritores sagrados, es el hecho de que Dios, al conferirles sus carismas, se sirvió de ellos como de dóciles instrumentos, ateniéndose a sus dotes de inteligencia y cualidades psíquicas o temperamentales, sin violentarlas, aunque sí depurándolas. Por lo tanto, además del mayor o menor mérito propiamente literario que atesora cada uno de los libros proféticos, aun reconociendo en esta forma de elocución inequívoca caracteres comunes, tanto en los profetas ágrafos como en los escritores, ofrece, no obstante, cada cual sus notas diferenciales muy dignas de estudio y admiración, tanto más que no escribieron con fines meramente estéticos ni por puro solaz o desbordamiento de su numen creador. Los mismos profetas menores, dentro de la brevedad que los distingue, reducida en alguna a un simple capítulo, ostentan características individuales bien marcadas.

Arguye, por lo tanto, lamentable olvido y aun ignorancia, omitir en las reseñas históricas de la elocuencia, y aun en tratados más completos sobre la materia, toda alusión a la oratoria del pueblo hebreo, que tan

egregios y singulares modelos produjo y tamaña influencia ha ejercido en las literaturas occidentales.

### 8. *Trayectoria del profetismo.*

Aun cuando el texto sagrado otorga a los patriarcas el título de “profetas” (cfr. Gen. 20<sup>7</sup> y Eclo. 44<sup>3</sup>), hemos de considerar como primer profeta, en el rigor del vocablo, al creador de la nacionalidad israelita y su único legislador, Moisés, el “Señor de los profetas” según la tradición judaica.

Como una manifestación constante de la providencia divina ejercida indefectiblemente sobre Israel desde los aciagos días de la esclavitud en Egipto que precedieron al Exodo hasta años después del retorno babilónico, por espacio de más de un milenio, fué apareciendo en no interrumpida cadena la espléndida teoría de los profetas de Israel.

Dos períodos suelen distinguirse: el primero corresponde a los profetas que no escribieron por sí mismos sus alocuciones, a lo menos en forma independiente de oráculos, sino que aparecen recogidas o sintetizadas en el cuerpo del relato histórico a que pertenecen, y abarca desde Moisés hasta entrada el siglo VIII a. C.; el segundo arranca desde esta fecha, en que con Amós —o tal vez Jonás— se inicia la serie de los diecisiete profetas escritores (incluido Baruc) hasta el siglo V a. C.

Antes de que aparecieran los profetas cuyos escritos forman la sección de la Biblia titulada *Nebi'im aharonim*, “prophetiae posteriores”, es decir los libros propiamente proféticos, florecieron los profetas llamados ágrafos, cuya actuación está contenida en la sección de *Nebi'im rišonim*, “prophetiae priores”, que comprende en la Biblia hebrea los libros históricos desde Josué al II de los Reyes inclusive.

Varios son los profetas que aparecen como legados supremos de Yahvé durante el azaroso período de los Jueces. v. gr. Ju. 6<sup>8</sup>, I Sam. 2<sup>27</sup>. Algunos de los que entonces ejercieron la suprema magistratura, como Débora y Samuel, debieron el prestigio y autoridad indiscutible de que gozaban a su carácter de “profetas”. Sin embargo, la antorcha profética no siempre estuvo enhiesta, sino que hubo épocas de mayor y menor florecimiento, fases crecientes y menguantes. Durante la monarquía es cuando el profetismo alcanza su más espléndida epifanía. Refiriéndose a las postrimerías de la época anterior dice expresamente el autor del libro de Samuel: “Era por entonces rara la palabra de Yahvé y no era frecuente la visión” (I Sam. 3<sup>1</sup>). Con este breve preámbulo se encabeza el relato de

la primera visión de Samuel, todavía niño, y a partir de entonces el profetismo va adquiriendo progresivo desarrollo. En diversos pasajes se le designa a ese prestigioso personaje con el denominativo de "el Vidente", en efecto, gozaba de crédito excepcional como verdadero profeta. (Cfr. ítem *Eclo.* 4<sup>16,23</sup>). En el episodio del primer encuentro de Saúl con Samuel (I Sam. 10) ya se nos habla de "un grupo de profetas, que bajaban del excelso, precedidos de salterios, tímpanos, flautas y arpas, profetizando", un verdadero "tropol de profetas" (*Ibidem*, 10<sup>5,10</sup> y 19<sup>20</sup>). Estos datos nos indican que durante la vida y judicatura de Samuel, verosímelmente con su activa y directa intervención, se constituyeron las agrupaciones, colegios o seminarios de Profetas, los llamados "hijos de los profetas", hebraísmo equivalente a "discípulos de los profetas" o "colegio de profetas".

Numerosos son los profetas ágrafos de quienes se hace mención nominal, personal o global en los Libros santos, a los cuales Dios confió diversas misiones, y ante todo la general de conservar en el pueblo escogido el tesoro de la religión immaculada, las esperanzas mesiánicas y el cumplimiento de los divinos preceptos.

Aparte de Moisés, Aarón y María, "la profetisa" (*Ex.* 15<sup>20</sup>), y también de Josué, sucesor de Moisés en la dignidad profética (*Eclo.* 46<sup>1</sup>), ya en *Núm.* 11<sup>16ss</sup> se habla de los *setenta ancianos* que, al serles traspasada parte del espíritu de Moisés, "profetizaban sin cesar" (v. 25). Durante la época de Jueces y Reyes hay mención expresa de diecinueve profetas, algunos de ellos anónimos, que actúan en momentos solemnes o críticos, presentándose ante algún personaje o ante el pueblo con una misión de Dios; pero el número de los que ejercieron el ministerio profético es incalculable. En los tiempos de Elías y Eliseo alcanza el profetismo su más copiosa proliferación; en la historia del primero se habla de "cien profetas de Yahvé" (I Re. 18<sup>4</sup>), perseguidos por la impía reina Jezabel, además de los restantes exterminados por orden suya; y en la actuación del segundo hay frecuentes alusiones a los "hijos de los profetas" (II Re. 2<sup>3,7,15</sup>, 6<sup>1</sup>, 9<sup>1</sup>, etc.) con los cuales mantenía cordiales relaciones el discípulo y sucesor de Elías.

Precisamente por la aureola de universal prestigio y nombradía de que gozaban los profetas verdaderos, surgieron los embaucadores o seudoprofetas, que halagando a la muchedumbre anunciaban visiones vanas y mentirosas, no poniendo al descubierto las iniquidades del pueblo y sus prevaricaciones, sino augurándole grandezas humanas y falaces vaticios.

nios, como lamentaba Jeremías en diversos pasajes de su libro y sus Trenos.

Ya en Deut. 13<sup>ss</sup> y 18<sup>ss</sup> se previene al pueblo de Israel que se ponga en guardia contra los soñadores y falsos profetas, hechiceros y adivinos de toda especie, que pretendían usurpar las funciones de los verdaderos enviados de Yahvé. Los pueblos cananeos, que tan pernicioso influjo ejercieron en punto a idolatría y corrupción moral entre los israelitas, tenían también sus pretendidos profetas. No menos de 450 profetas de Baal comían de la mesa de Jezabel según público testimonio de Elías ante el pueblo (I Re. 18<sup>19</sup>).

Los profetas salvaguardaron, como preciado tesoro, la vida religiosa de los piadosos israelitas en los días aciagos del cautiverio (Jeremías, Ezequiel, Daniel) y levantaron el espíritu de los que, vueltos del exilio, emprendieron con denuedo la reconstrucción de la maltrecha nacionalidad judaica (Ageo, Zacarías, Malaquías).

#### 9. *Discursos o intervenciones de profetas ágrafos.*

Son bastante numerosas las alocuciones, a veces del todo pasajeras y fugaces, que de varios profetas nos refieren los libros históricos del Antiguo T.; fácil resulta recopilar una veintena larga. Su extensión es variable, a tenor de las circunstancias; en general se nos da una brevísima síntesis o sumario. A este propósito cumple recordar que los discursos que esmaltan las páginas de las historias de tipo clásico son a menudo puramente convencionales, pero con frecuencia, en los historiadores más concienzudos en la investigación de las fuentes, se trata de piezas creativas *concentradas*, que condensan oraciones que en realidad se pronunciaron. A veces puede cotejarse el texto auténtico con el del historiador y el resultado suele ser un gran parecido en las ideas expresadas junto con variable diferencia en la composición y el estilo. De este tipo o corte son sin duda la mayoría de los discursos abreviados, apóstrofes, invectivas, exabruptos e intervenciones de cualquier género que el sagrado texto pone en boca de los profetas ágrafos, y en parte asimismo los esquemas o resúmenes que los profetas posteriores consignaron en sus libros respectivos.

Hecha esta observación previa, absolutamente necesaria para la cabal inteligencia y justa valoración de las intervenciones de esos oradores públicos en la vida de Israel, tal como se registran en los sagrados Libros, consignamos a continuación el siguiente elenco:

*Jud.* 6<sup>8-10</sup>. Anónimo. Breve y enérgica recriminación a los hijos de Israel por su ingratitud para con su Dios.

*I Sam.* 2<sup>27-36</sup>. Anónimo. Fatídico vaticinio a Helí.

— 12<sup>1-25</sup>. Samuel. Resignando la judicatura; de paso amonesta y exhorta al pueblo. Es un modelo de elocuencia en su género, realizado incluso por la acción taumatúrgica en forma espectacular e impresionante.

*II Sam.* 7<sup>5-16</sup> (= *I Cro.* 17<sup>4-14</sup>). Natán. Denegación a David de la construcción del Templo, y promesa del trono eterno.

— 12<sup>1-12</sup>. Apólogo de Natán.

*I Re.* 11<sup>31-39</sup>. Ahías. Vaticinio a Jeroboam.

— 13<sup>2-3</sup>. Anónimo. Patético apóstrofe ante el altar de los ídolos donde sacrificaba Jeroboam.

— 16<sup>2-4</sup>. Jehú. Lúgubre vaticinio contra el rey Basa y su familia.

— 18<sup>21-40</sup>. Elías. Discurso acompañado de dramática acción ante el pueblo, contra los sacerdotes de Baal.

— 21<sup>20-24</sup>. Elías. Valentísimo exabrupto contra el rey Ahab, con motivo del suceso de Nabot.

— 22<sup>19-28</sup>. Miqueas. Recriminación al rey Ahab.

*II. Re.* 1<sup>16</sup>. Elías. Vaticinio de muerte a Ococías.

— 3<sup>16-19</sup>. Eliseo. Anuncio a Joram de la victoria contra Moab.

— 21<sup>10-15</sup>. Puesto en boca de varios profetas. Anuncio de castigos contra el rey Manasés.

— 22<sup>15-20</sup>. La profetisa Holda. Anuncio de males contra Judá.

*II Cro.* 15<sup>2-7</sup>. Azarías. Exhortación al rey Asa y a su pueblo.

— 16<sup>7-9</sup>. Hanani. Reprensión al rey Asa.

— 19<sup>2-3</sup>. Jerú. Apóstrofe a Josafat sobre su conducta.

— 20<sup>14-17</sup>. Yahaziel. Arenga alentadora a Josafat y su pueblo.

— 28<sup>8-11</sup>. Oded. Anuncio al rey Ahaz de la ira de Dios.

#### 10. *Actuación de los profetas.*

En el activo desempeño de su misión los profetas intervienen a veces como simples consejeros, v. gr. Natán con respecto al rey David (*II Sam.* 7<sup>18s</sup>); otras, su aparición en escena es ocasional y lanzan ex-abrupto contra los reyes o contra todo el pueblo en masa terribles amenazas o tremendas diatribas, como en *I Re.* 13<sup>18s</sup>. Registranse apariciones fugaces, como de rauda meteoro, v. gr. la del profeta Oded (*II Cro.* 28<sup>9s8</sup>), o el escalofriante encuentro de Elías con el rey Ahab en *I Re.* 18<sup>16s8</sup> o el toda-

vía más dramático de *Ibid.* 21<sup>17-19</sup>. A menudo, mezclados en algún suceso como personas de gran ascendiente, mantienen animado diálogo con diversos personajes, con el rey, el pueblo, etc.; tal ocurre en el episodio de Elías y los sacerdotes de Baal (*I Re. 18*), la entrevista de Gad el vidente con el rey David (*I Cro. 21<sup>9</sup>*) o la de Isaías con Ezequías (*II Re. 20<sup>14-19</sup>*), a veces en términos de extremada violencia como ocurrió entre Amasías y el profeta desconocido que Dios le mandó (*II Cro. 25<sup>15-16</sup>*).

En ocasiones la intervención del profeta se efectúa por mediación de tercera persona, como al parecer en *II Re. 19<sup>20</sup>* ("mandó a decir") o bien mediante una comunicación escrita, como hace Elías con Joram (*II Cro. 21<sup>12</sup>*). En todos estos y otros casos similares el estilo es muy semejante al de las alocuciones personales efectuadas de viva voz.

A diferencia de los *μαντεῖς* griegos, los augures, arúspices y adivinos romanos, los druidas y los eldas célticos, y en general los astrólogos, magos, hechiceros, agoreros y vaticinadores de todos los pueblos, con los cuales torpemente ha pretendido identificar el racionalismo sectario a los egregios profetas de Israel, éstos ejercieron una acción directa en el orden religioso, político y social, que, aparte de su eminencia sobrenatural, su noble dignidad, alteza, abnegación y heroísmo de que dieron palmarias pruebas, excede por su radiante efectividad de la esfera casi siempre particularista y trivial en que se desenvolvieron todos esos linajes de profetas y videntes.

En el orden formal de la actuación de unos y otros, aspecto principal que en el presente estudio consideramos, nadie pretenderá ver en los adivinadores, incluso cuando se cobijaban, como en los oráculos del mundo helénico, bajo el patronato de algún dios, ninguna manifestación oratoria. A lo sumo, alguna frase arteramente sentenciosa, casi siempre oscura y de notoria y estudiada ambigüedad, cifrada tal vez en el áureo molde poético, es lo más que literariamente alcanzaron las sibilas y pitonisas, los adivinos y hechiceros, los astrólogos, videntes, iluminados y zahoríes que en todo tiempo pulularon en la humanidad, sin excluir los siglos de más alto nivel cultural ni los actuales tiempos.

Es un fenómeno histórico universalmente constatado el hecho de que la oratoria lozana y pujante no ha florecido jamás en naciones sometidas al férreo yugo de un régimen despótico; y señalase concretamente los grandes imperios asiáticos de la antigüedad, el faraónico, las épocas dictatoriales de Grecia y Roma, como ambientes poco o nada propicios para el desarrollo esplendoroso de este género literario. Señal inequívoca, cuando otras no hubiera, del régimen de amplia libertad, sin otras cor-

tapisas que las de orden religioso y moral impuestas por la ley mosaica —muy atemperadas en la práctica— y el régimen teocrático que privó en el pueblo de Israel, sería precisamente el gran florecimiento que alcanzó el profetismo como forma de oratoria religiosa y social durante más de un milenio.

Bien es verdad que en múltiples ocasiones —ejemplo palmario nos ofrece la vida y ministerio de Jeremías— los profetas sufrieron sañudas persecuciones, afrentas, encarcelamientos, torturas y hasta la misma muerte; pero no es menos cierto que ni las regias arbitrariedades ni las iras cruentas de la plebe lograron jamás eliminar la acción impertérrita y salvadora de los profetas, y su oratoria maravillosa y tajante como espada de dos filos adquirió extraordinario desarrollo, fue uno de los más firmes sostenes del yahveísmo, la espiritualidad bíblica y hasta la propia nacionalidad hebraica, y perduró en Israel por espacio de largas centurias. En el fondo, lo mismo los monarcas que el pueblo sentíanse sobrecogidos ante la grandeza espiritual y temple admirable de aquellos implacables flageladores de la injusticia y las abominaciones, y a ellos volvían los ojos en las hora del infortunio y de la sensatez, pidiéndoles consejo y ayuda e implorando, por su mediación, las misericordias de Yahvé.

En la epístola de San Pablo a los Hebreos (II<sup>32-40</sup>) tenemos la más emocionante y expresiva descripción de ese claroscuro de poderío y humillaciones que caracterizó la vida de los profetas de Israel.

## II. *Los profetas escritores.*

Ya hemos indicado la multiforme complejidad de estilos que cabe señalar en los escritos de los profetas "posteriores".

Es evidente que muchos de sus oráculos o invectivas no fueron pronunciados en público; numerosos pasajes, tal como se nos han transmitido, no presentan forma oratoria. A menudo el hilo del discurso se diluye en forma narrativa o en lenguaje más sereno y menos apasionado, aunque abunden incluso en esos pasajes las amargas reconvenciones y duras conminaciones al pueblo infiel a su Dios y Señor. Otras veces se trata del relato detallado de las visiones que Dios hace desfilas ante los ojos del profeta, o los actos simbólicos que le ordenaba realizar como medio expeditivo para inculcar las soberanas enseñanzas. No pocas veces nos encontramos con una plegaria. Insértanse asimismo bellísimos fragmentos poéticos de exaltado lirismo.

El estilo de numerosísimos pasajes de los profetas escritores coincide

plenamente con el de las alocuciones o apóstrofes de los profetas ágrafos que hemos señalado en los libros históricos.

Entre los discursos, en síntesis o fragmentos, que pueden acotarse en los libros proféticos del A. T., con numerosas salvedades por lo que al resto se refiere, tenemos, como más destacados los siguientes:

*Isaías.* 1<sup>2-31</sup>. Al pueblo. Sobre la vanidad del culto exterior sin la santidad interior.

— 7<sup>13-25</sup>. Discurso ante Ahaz. Sobre el futuro reinado de Emmanuel

— 8-12<sup>6</sup>. Al pueblo. A propósito de la invasión de los asirios; es el libro o discurso de Emmanuel.

— 13-14<sup>23</sup>. Oráculo contra Babilonia. "Es un modelo de los discursos contra las naciones" (Nacar-Colunga).

A modo de suplemento podrían añadirse las siguientes intervenciones de Isaías referidas en

*II Re.* 19<sup>6-7</sup>. Anuncio a Ezequías del desastre y muerte del rey de Asiria.

— 19<sup>20-34</sup>. Oráculo (enviado a Ezequías) sobre la protección de Dios a Jerusalén contra Senaquerib.

— 20<sup>16-18</sup>. Anuncio a Ezequías de la futura cautividad de Babilonia.

*Jeremías.* 2-4<sup>4</sup>. Sobre la apostasía de Israel. Va dividido en tres partes (Vid. nota de N.-C.).

— 4<sup>5-6</sup><sup>30</sup>. Sobre la invasión de los caldeos, instrumento de la justicia divina.

— 7 (íntegro). Sobre la vana confianza en el Templo y la necesidad de la obediencia en vez de los sacrificios.

— 8-9. Diversas admoniciones.

— 10. Consejos a los sentenciados al destierro.

— 22. Amonestación a la familia real.

— 23. Contra los pastores y falsos profetas de Israel.

— 25. Anuncio de la cautividad.

— 44. Alocución a los judíos residentes en Egipto.

*Ezequiel.* 13. Contra los falsos profetas.

— 14. Respuesta a los ancianos de Israel; exhortación a la conversión.

— 16. Narración parabólica, del más vivo realismo, sobre la ingratitude de Israel.

— 17. Apólogo de las dos águilas, y su interpretación.

- 18. Sobre la justificación de Dios.
- 20. Infidelidad del pueblo y fidelidad de Dios.
- 23. Parábola de las dos hermanas prostitutas, figura de Samaría y Jerusalén.
- Oseas*. 4-6. Al pueblo y sacerdotes, Reproches por sus pecados.
- 7-9. Iniquidad de los reyes y los grandes, y su castigo.
- 10-11. Futura devastación del reino de Israel.
- *Joel*. 1-3 (todo el libro.) Al pueblo. Anuncio escatológico del “día del Señor”.
- Amós*. 3 -5<sup>17</sup>. Discurso en tres partes (o tres distintos) sobre los crímenes de Israel, y exhortación a la conversión.
- 5<sup>18</sup>-6<sup>14</sup>. Discurso en dos partes (o dos distintos). Anuncio de la ira divina.
- Aggeo*. 1<sup>14</sup>-11. Exhortación a edificar el Templo.
- 2<sup>1</sup>-20. La gloria del nuevo Templo.
- 2<sup>21</sup>-24. Promesa de protección a Zorobabel.
- Zacarías*. 7<sup>4</sup>-8<sup>23</sup>. Al pueblo. Sobre el ayuno y promesas de salvación.

## 12. Estructura del discurso profético.

Las allocuciones de cualquier clase, tanto de los profetas meramente oradores cuanto de los que además fueron escritores, dan comienzo casi siempre por una brevísima llamada de atención, a modo de *preludio*: “Así habla Yahvé, Dios de Israel”, “Oye la palabra de Yahvé”, “He aquí lo que dice el Señor, Yahvé”, “Así habla Yahvé, el rey de Israel”, “Así dice Yahvé”, “Así dice Yahvé Sebaot”, “Así dice Yahvé Sebaot, Dios de Israel”, “Palabra de Yahvé”, “Oíd, casa de Israel, lo que os dice Yahvé: Así dice Yahvé”, “Oíd la palabra de Yahvé”, “Oíd esto”, “Escuchad esto”, “Escuchad, pueblos todos”, “Oíd, cielos; escucha, tierra”.

El núcleo del discurso está formado por la *narración*, a menudo profética, variable en extensión según los casos, la materia o bien la recensión conservada, y consistente en el recuento de las misericordias de Yahvé para con su pueblo o bien con respecto a la persona a quien la oración vaya dirigida, o del asunto de que se trate, o ya del vaticinio que el profeta hace en nombre de Yahvé.

Sigue la *confirmación*, separada de la parte anterior por una ligera pero bien marcada transición, consistente con frecuencia en la repetición de la misma fórmula inicial. A veces basta una simple partícula ilativa o bien adversativa. No es raro que narración y confirmación se hallen

de tal manera entrelazadas que forman una unidad indivisible desde el punto de vista ideológico y retórico.

También hay en ocasiones *refutación* de algún error ó vana creencia circulante entre el pueblo; incluso la alocución entera puede reducirse a esto, v. gr. Jer. 7, Ez. 18.

A diferencia del discurso clásico, coronado por el epílogo ó peroración en que se resume y a veces se atenua el contenido, el final de las alocuciones proféticas suele ser casi siempre tajante, brusco, sin amortiguador; de este modo el efecto en los oyentes había de ser más hondo e impresionante. A veces también, como un eco del principio y refrendo de lo dicho, se reitera la frase sacramental: "Palabra de Yahvé, tu Dios", "Dice Yahvé Sebaot".

Recuérdese, a este propósito, el espeluznante final del apólogo de Natán, y el no menos aterrador del "hombre de Dios" que predice a Heli la ruina de su casa.

### 13. *Sobre la forma "poética" de los profetas.*

Los estudios de la exégesis bíblica cristiana en todos los tiempos han tendido no ya preferentemente sino de modo casi exclusivo a elucidar el contenido escriturario, la doctrina, sentencias, misterios y enseñanzas de todo orden que ahí se encierran, y cuya complejidad y dificultosa inteligencia requieren por cierto muchos años y aun siglos de estudiosa investigación, amén de la necesaria ilustración divina.

Las múltiples cuestiones que la Biblia suscita en el campo arqueológico, etnográfico, histórico, geológico, astronómico, zoológico, etc., atraen durante una época de efervescencia científica y escriturística, ya cancelada, la actividad expositora y polemista de los doctores eclesiásticos y sabios católicos. En cambio, muy poco se ha trabajado —o al menos queda todavía un campo inmenso por recorrer— en la exégesis lingüística estética, estilo, métrica y géneros literarios, merecedores de la máxima atención y concentrado estudio, a base del texto original hebreo. Cuanto en este orden se realice simplemente sobre el texto latino, que hasta nuestros días ha sido la fuente casi universal y exclusiva para el conocimiento y estudio de la Biblia, ha de ser forzosamente una labor incompleta e imperfecta, cuando no inconsistente y desorientada. Recuérdese el concepto tan arraigado y erróneo, a nuestro juicio, acerca del llamado "paralelismo" poético.

Si todavía resulta difícil determinar de un modo definitivo y con ab-

solita precisión —a pesar de que ya se va proyectando mucha luz sobre esta materia— cuáles sean los verdaderos elementos esenciales y cuáles los subsidiarios en la versificación hebreo-bíblica, semejante dificultad sube de punto por lo que al lenguaje de los profetas se refiere, casi siempre cargado de figuras poéticas, atrevidas y variadas metáforas y engalanado de exquisitas galas y artificios estilísticos.

Por otra parte, en los profetas se mezclan géneros literarios esencialmente distintos, por su objeto, su fin y sus medios en el orden estético y lingüístico, como los que dejamos señalados. Acrescenta lo arduo de discernimiento la afinidad doctrinal existente entre los discursos más claramente perfilados y los oráculos o vaticinios. Más todavía: la redacción definitiva de los discursos pronunciados, tal como se encuentran en el sagrado texto, suponen a buen seguro en la mayoría de los casos, aunque no en todos, un compendio del texto oral, y algún mayor refinamiento y aderezo en el estilo, con lo cual se asemejan más y más al noble lenguaje poético.

La mayor parte de los fragmentos que como versificados se señalan en los discursos y oráculos de los profetas desarróllanse en un plano de medida métrica de tales características e irregularidad que revelan, más bien que auténtica versificación, la línea armoniosa, suave y elegante de la prosa rítmica o el marcado dualismo que informa la ideología y el idioma hebreo. Semejante seccionamiento podría hacerse en los escritos de los oradores de cualquier literatura, y desde luego en los de la española, que se preocuparon de modo especial de la armonía fraseológica.

Uno de los argumentos extrínsecos en favor de nuestra tesis nos lo suministra el P. Bover, al seccionar las alocuciones del divino Maestro en frases o cláusulas paralelas y miembros simétricos, en forma del todo semejante a las alineaciones introducidas en los libros proféticos.

Dados los escasos elementos métricos que se han señalado en la poesía hebrea, y la creencia —a nuestro juicio, equivocada y fruto solamente del deficientísimo conocimiento de la métrica bíblica— en esa omnímoda libertad que gratuitamente se ha atribuido al vate hebraico, es natural que se haya llegado casi a identificar el lenguaje de los libros poéticos con el de los profetas en su mayor parte, por lo que al estilo y forma externa se refiere. Indicio de esta desorientación son afirmaciones como la que estampa el P. Rodríguez en su Gramática Hebrea (Versificación heb. p. 5): “Es difícil indicar lo que es verso en los profetas y lo que es estilo elevado”, y mucho más lo son las acotaciones que a continuación señala como partes versificadas en los distintos profetas.

Exagerada, o por lo menos promiscua, nos parece asimismo la afirmación de Nacar-Colunga (*Sagr. Bib.* 2.<sup>a</sup> ed., p. 941), coincidentes en este punto con la generalidad de los autores: "Los discursos de los profetas, tal como nos han llegado, en su mayoría están escritos en verso, y a veces en estrofas artificioosamente compuestas y son frecuentemente modelos, no sólo de elocuencia, sino de poesía hebrea y universal".

#### 14. *Consideraciones estilísticas sobre el lenguaje de los profetas.*

Razón tiene el autor del *Génie du christianisme* en poner a las grandes figuras de la oratoria sagrada muy por encima de los geniales oradores de Grecia y Roma, y al decir que "los modernos deben a la religión católica este arte de la elocuencia que, de faltar en nuestra literatura, habría dado al genio antiguo decidida superioridad sobre el nuestro" (lib. IV, c. 1). Pero se equivoca al afirmar que "la elocuencia moral, que es tanto como decir la elocuencia de todos los tiempos, regímenes y países, no apareció en la tierra sino con el Evangelio." (*Ibidem*). El género oratorio de los profetas del antiguo pueblo de la Israel es esencialmente moralizador y, como queda dicho, precedente importantísimo de la elocuencia evangélica. Innumerables son los lugares paralelos que en cuanto al estilo y expresión podrían acotarse en los libros proféticos, singularmente de Isaías y Jeremías, en relación con diversos pasajes evangélicos.

Con mayor exactitud que a los Padres de la Iglesia, a quienes van aplicadas, pueden referirse a los profetas de Israel las siguientes solemnes palabras del autor mencionado: "La elocuencia de los doctores de la Iglesia tiene algo de imponente, fuerte, regio, por decirlo así, cuya autoridad confunde y subyuga; se siente la impresión de que su misión viene de arriba y que enseñan por orden expresa del Omnipotente." (lib. IV, c. 1).

Si la agudeza, ornato y vehemencia (*acute, ornate, vehementer*) son cualidades que denotan al hombre elocuente, ¿quién negará este título a los profetas del A. T.? Sus pensamientos son elevados, agudos, sutiles, llenos de finura, relumbrantes de sentido, cuajados de intención; su dicción es pomposa y elegante en algunos, viva y animada, embellecida con figuras en otros, clara, espontánea, de elegante sencillez en casi todos; y el fuego arrebatador que, a impulsos del celo por la gloria de Dios que los consumía interiormente, ponían en sus palabras y entonación, confiere a su lenguaje una fuerza y vehemencia tan sostenidas que difícilmente halla remos nota tan destacada ni pujanza semejante en ninguno de los oradores profanos de la literatura universal.

Su excelsa misión, de comunicar a los mortales las divinas revelaciones transformaba su habla en un lenguaje ultraterreno, en nada comparable con los acentos más patéticos y sublimes de la elocuencia humana; con toda verdad repetían incansablemente que lo que ellos decían era “palabra de Dios”.

En su estilo se pone de manifiesto la estrecha vinculación entre pensamiento y palabra, razón fundamental del lenguaje, pese a las aberraciones que en este terreno nos han traído diversas corrientes literarias. En los profetas no hay voz ni expresión desnuda de sentido, ni vanas fantasmagorías lingüísticas, ni falsos y engañosos arrequives; todo es verdad, sinceridad, sentimiento humano y resplandor divino.

“La vivacidad, el colorido de sus pinturas, la vehemencia de sus apóstrofes, la originalidad y naturalidad de sus comparaciones, la fuerza, la franqueza, la pujanza y la audacia de sus palabras inspiradas confieren a sus discursos un sello inimitable.” (Dic. Bib. V, col. 720) Esas son precisamente las cualidades que admiramos en los más grandes oradores antiguos y modernos, el verdadero dechado del orador perfecto.

A Isaías se le ha comparado con los tres gigantes de la oratoria grecorromana, Pericles, Demóstenes y Cicerón. San Juan Crisóstomo le llama “grandilocuentsísimo” “Quizá ningún hombre habló jamás un lenguaje tan bello”, afirma L. Seinecke. La Harpe considera las profecías de Isaías como el *súmmum* de la poesía lírica. Podría recopilarse una antología tan florida como copiosa con los elogios tributados por los más grandes poetas, oradores, críticos y escriturarios al más sublime de los profetas de Israel y más brillante estilista de la lengua hebrea. Profundamente distinto en casi todos los aspectos es Jeremías, cuyo lenguaje es “llano y sencillo, pero su contenido majestuosamente profundo”, en frase de San Jerónimo (*Praef. in lib. 6 Comment. In Ier.*). Y cada uno de los demás profetas presenta su sello personal que le distingue entre el conjunto, pues la variedad, una de las galas más atractivas en toda la literatura, brilla de un modo singular en la bíblica, cualidad tanto más admirable cuanto que su idioma, tal como ha llegado a nosotros, con grandes limitaciones, cuenta con un léxico nada exuberante, y los temas se desenvuelven en un ámbito de fuerte matización religiosa.

\* \* \*

La oratoria formó el nervio de la República romana, y a buen seguro que mucho más hizo en pro de la grandeza de Roma el verbo elocuente de Marco Tulio que la espada de César, a pesar de la idolatría “cesarista” tan en boga modernamente en ciertos sectores.

También la oratoria de los profetas —única en realidad que privó entre los hebreos— fortaleció, depuró y conservó la nacionalidad israelita en medio de vicisitudes sin cuento, entre los continuos embates y hostilidad inextinguible de los pueblos cananeos y los imperialismos egipcio y transeufrático, que durante siglos se disputaron la hegemonía del Próximo Oriente en diversas épocas.

Mayor eficacia y transcendencia *social* ejerció en Israel la oratoria que la poesía, por más que la influencia de ésta haya perdurado hasta hoy con una virtualidad ecuménica e inexhausta y con toda la fragancia de eterna primavera.

*David Gonzalo Maeso*